

LOS ROMANCES AFRICANOS DE LUIS DE GÓNGORA Y LA PRESENCIA ESPAÑOLA EN EL MAGREB

Mar Martínez Góngora
Virginia Commonwealth University

En los romances africanos de Luis de Góngora “Entre los sueltos caballos” de 1585 y “Servía en Orán al Rey” fechado en 1587, el ambiente caballeresco y la temática amorosa de los romances fronterizos se traslada a un contexto más cercano al lector contemporáneo, el constituido por el enclave norteafricano bajo dominio de la Corona española de 1509 a 1791.¹ En estos romances pertenecientes al ciclo conocido como el del “Español de Orán,” el tratamiento idealizado de las relaciones cristiano-musulmanas, aunque coincidente con el que prima en las obras de la maurofilia literaria, no supone simplemente una trasposición geográfica y temporal de la guerra de frontera llevada a cabo en terreno peninsular a finales del siglo XV.² Por el contrario, es necesario analizar estas composiciones gongorinas en relación con la realidad histórica de finales del siglo XVI, considerando que el limitado interés de los Habsburgo en el norte de África no solo vaticina el fracaso de la aventura imperial en el área sino que causa que ésta constituya, según John Elliott, “la Cenicienta de las posesiones españolas en Ultramar: un país que no se adapta a las peculiares características del *conquistador* (sic.)” (53).³

Como trataré de demostrar en este trabajo, la transferencia del ambiente galante de los romances fronterizos al otro lado del estrecho crea cierta disonancia. Es decir, la refinada atmósfera poética creada por Góngora alrededor de la actuación heroica de un soldado español en Orán contrasta con la experiencia real de los militares destacados en los presidios establecidos a lo largo de la costa de Berbería. En estas ciudades fortaleza, las pésimas condiciones de vida de los soldados dan fe de la escasa atención a la colonia por parte de las autoridades peninsulares.⁴ Aún más, mediante la valoración positiva del habitante de la región que exhiben estos romances, el poeta cordobés ofrece un contrapunto a la deteriorada imagen del morisco que circula en España en los años anteriores a la expulsión de 1609, contribuyendo a una

dignificación de la figura del individuo de origen musulmán.⁵ Se debe tener en cuenta que el conflicto con el Islam en el Mediterráneo se haya profundamente relacionado con otra problemática fundamental, que no es otra que la incómoda presencia del morisco en territorio nacional. Como apunta García-Arenal, “es evidente que para los contemporáneos ocupados en los ‘moros de allende’ el punto de referencia lo constituían los familiares y conflictivos moriscos peninsulares” (20). Por último, tal como se aprecia principalmente en la lectura del romance “Entre los sueltos caballos,” el poeta cordobés logra exponer, mediante la atención a determinados aspectos de la cultura material, el vínculo existente entre la realidad a ambos lados del estrecho. De este modo, el poema confirma la porosidad de las fronteras que separan Oriente de Occidente, el mundo cristiano del mundo musulmán, permitiendo cuestionar la estricta polaridad manifestada durante la época por el continuo enfrentamiento ideológico, político y militar entre el Islam y la Cristiandad.

En los primeros versos de dicho romance, “Entre los sueltos caballos,” un soldado español destinado en Orán captura un caballo (6-7), con objeto de que le transporte junto a su prisionero moro, “capitán de cien cenetes” (12). Como Abindarráez en la conocida novela morisca *El Abencerraje*, el joven cautivo del romance gongorino muestra tales signos de pesadumbre (“Triste camina el alarbe, / y lo más bajo que puede / ardientes suspiros lanza, / y amargas lágrimas vierte” 17-20), que no puede menos que despertar la curiosidad y el interés del soldado español. Al igual que Narváez en el *El Abencerraje*, éste requiere ser informado del motivo de la congoja del, por otra parte, valiente moro:

Admirado el español
de ver, cada vez que vuelve,
que tan tiernamente llore,
quien tan duramente hiere,
con razones le pregunta
comedidas y corteses
de sus suspiros la causa
si la causa lo consiente. (Góngora 21-28)

El prisionero moro en el romance gongorino pone el soldado español al corriente sobre sus orígenes y narra sus desgraciados amores con una

noble y bella norteafricana. El soldado, que describe a su dama como “Extremo de las hermosas / cuando no de las crueles” (53-54), justifica su carácter esquivo debido al hecho de que es “Hija al fin destas arenas / engendradoras de sierpes” (55-56). Al subrayar que la falta de clemencia de la bella mujer se halla determinada por la naturaleza inhóspita del área geográfica de la que procede, Góngora hace hincapié de manera indirecta en la dureza del medio al que se enfrentan los militares destacados en el norte de África.

La sentida exposición del cenete logra conmover al soldado español que decide ponerlo en libertad pero, al contrario de lo que sucede en *El Abencerraje*, éste no exige la vuelta del enamorado moro, ya que en el romance gongorino le dice: “Anda con Dios, sufre y ama, / y vivirás si lo hicieres, / con tal que cuando la veas, / pido que de mí te acuerdes” (103-6). El moro le agradece su noble acción en los últimos versos del romance. En dichos versos el poeta aclara que la joven de la que se encuentra enamorado estaba comenzando a corresponder sus sentimientos en el momento de su separación, de ahí lo profundo de su sufrimiento actual (115-22).⁶ Mediante la doble referencia religiosa en la despedida, el “Anda con Dios, sufre y ama” (103), del español, y el “Alá se quede contigo” (115) del moro, Góngora apela a los ideales de tolerancia religiosa que se habían descartado en el marco socio-político de la España de la época.⁷ El sentido de respeto hacia la diferencia de credo concuerda con la actitud magnánima del español al tiempo que colabora en la dignificación de la figura del cautivo moro.

En plena correspondencia con el comportamiento ejemplar y la nobleza de carácter del soldado de “Entre los sueltos caballos,” el personaje principal del romance “Servía en Orán al Rey” expone un grado similar de valentía y de sentido del honor al renunciar al amor para cumplir con sus deberes patrióticos.⁸ En este romance, un soldado destacado en Orán, cuyo doble servicio a la Corona y a la dama es apuntado desde los versos iniciales (“Servía en Orán al Rey / un español con dos lanzas / y con el alma y la vida / a una gallarda africana” 1-4), es despertado por el toque a rebato. El joven se halla en el lecho en compañía de su amada, descrita como “Tan noble como hermosa, / tan amante como amada” (6-7). El militar debe acudir a combatir un grupo de trescientos jinetes cenetes que aproximándose al presidio, han sido descubiertos por el brillo de sus adargas a la luz de

la luna (11-16). El soldado se halla enfrentado al doble compromiso del servicio a su patria y del amor a su dama y por lo tanto, al dilema de elegir entre la honra y el sentimiento amoroso. El español resuelve dicha disyuntiva, que es expresada en el poema mediante las fórmulas antitéticas “Espuelas de honor le pican, / y freno de amor le para: / No salir es cobardía, / ingratitud es dejarla” (21-24), decidiendo desoír los tiernos ruegos de su amada para acudir a la defensa de su patria. En los últimos versos del romance el valeroso soldado intenta, sin embargo, conciliar el compromiso hacia la hermosa mujer norteafricana y el deber militar utilizando un cuidado aparato retórico mediante el que intenta contentar a la dama,

Porque con honra y amor
yo me quede, cumpla y vaya,
vaya a los moros el cuerpo
y quede con vos el alma.
Concededme, dueño mío,
licencia para que salga
al rebato, en vuestro nombre,
y vuestro nombre combata. (45-52)

En el final de la composición, se emplea la jerarquía implícita en el binomio “cuerpo” y “alma” con objeto de que el soldado convenza a su dama de su lealtad, puesto que al otorgarle precisamente “el alma,” concede a su pasión amorosa una dimensión espiritual que contribuye al engrandecimiento de la figura de la bella mujer norteafricana. Como en el caso del romance “Entre los sueltos caballos,” se adscribe a un “otro” religioso y étnico un sentido de dignidad que se incrementa al solicitar el permiso de la dama para combatir mientras que le promete tenerla presente en la batalla.

La relevancia histórica de los romances africanos de Góngora debe entenderse en relación con la política expansionista llevada a cabo por la Corona española en Berbería. Durante la primera década del siglo XVI, los españoles conquistaron el Peñón de Vélez (1508), Orán (1509), Bujía y Trípoli (1511). Los avances en épocas posteriores y la lucha contra el imperio otomano conducen a las campañas de Djerba, (1520, 1560), Túnez (1535, 1573, 1574), Lepanto (1571), Bizerta (1573), y Corón (1574).

En un principio, las aspiraciones imperialistas de los Habsburgo en África responden a un deseo de extender más allá de las fronteras peninsulares el tipo de sociedad colonial establecida en Granada desde su conquista en 1492 hasta el año 1571, en el que los moriscos fueron deportados a otros puntos del territorio español. Sin embargo, desde 1580, una serie de pactos con el poder otomano marcan el término de la política expansionista en el norte de África. Los esfuerzos de Felipe II para lograr un acuerdo diplomático con Estambul provocan que las autoridades españolas comiencen a superar su temor al peligro turco, la principal razón del interés de la monarquía española en la región.⁹ A partir de entonces, el monarca se halla más preocupado por asimilar los territorios de Portugal recientemente incorporados a la Corona española, la lucha contra el movimiento independentista de los Países Bajos y la ofensiva a Inglaterra que por la posible sublevación de los moriscos (Harvey 339-42). Sin embargo, se debe notar que los conflictos entre los cristianos y los descendientes de los musulmanes eran frecuentes en las dos décadas posteriores a 1570, tal como sostienen Domínguez Ortiz y Vincent (57-72).

En todo caso, en el período en que Góngora compone estos romances, el continente vecino ha dejado de ser un objetivo para Felipe II debido a un cambio de prioridades en su proyecto político imperial. Este hecho se demuestra en el caso de Orán y Mazalquivir, al considerar que, aunque el monarca español opta al final por el mantenimiento de las plazas, llega a plantear su abandono debido a que alberga dudas sobre la eficacia de las mismas y a los elevados costes asociados con su conservación (Sánchez Doncel 23, 182). Una vez acordada dicha conservación, Felipe II decide sufragar los gastos de construcción de un sistema defensivo que responda a los ataques de una artillería cada vez más evolucionada. Sin embargo, el monarca demuestra una escasa inclinación a hacer frente al fuerte desembolso necesario para la reparación de las murallas y fortalezas a juzgar por las repetidas peticiones de dinero que recibe de parte de los diversos gobernadores de Orán (Alonso Acero 24-25).

No obstante, a pesar de la falta de interés de los Habsburgo en el norte de África, la realidad es que desde 1580 a 1791, año en el que cae Orán, la lucha contra los corsarios y la existencia de cautivos cristianos en manos de los musulmanes continuaban siendo motivos de temor constante (García-Arenal y Bunes 17). Además, el problema morisco

constituía un asunto ineludible en el panorama político del momento. Si bien la situación se había tranquilizado tras la derrota de los sublevados en la contienda de las Alpujarras en 1571, los moriscos eran todavía percibidos en España como un grupo de rebeldes que insistían en la práctica clandestina de su antigua religión (Amelang 58-64). Aun más, debido a la imposibilidad de distinguirlos visualmente entre la población peninsular, su presencia resultaba aún más amenazadora (Caro Baroja 90). Su obstinación en profesar las creencias religiosas de sus antepasados contribuía en España a la ausencia de una diferenciación entre el “otro” morisco, como individuo de origen musulmán, y el verdadero seguidor del Islam.

Desde la caída de Granada en 1492, la maquinaria inquisitorial había puesto en marcha un proceso judicial que, aunque dirigido inicialmente solo contra de los judíos, culmina con el edicto de expulsión de los moriscos decretado por Felipe III en 1609.¹⁰ Durante este período, las autoridades político-religiosas se encargan de difundir una serie de discursos en los que la herejía morisca es definida en términos de la diferencia cultural, que se basa principalmente en aspectos relacionados con sus costumbres y tradiciones. A estos ha de sumarse la desconfianza de los cristianos viejos que ven en la acumulación morisca tanto de capital humano –por la fecundidad de sus integrantes– como material –por su facilidad para el ahorro–, una amenaza para su propio desarrollo económico.¹¹ La presencia de los moriscos en el territorio peninsular continuaba preocupando en el momento en que Góngora compuso su poema, ya que constituía un recordatorio de que el sometimiento del Islam había resultado incompleto. Los esfuerzos de la población cristiano-vieja para hacer de la comunidad morisca un grupo subordinado del que obtener un beneficio económico coexisten con una realidad marcada por el poder económico de las comunidades moriscas. Esta situación provoca que el dilema de qué hacer con este sector marginado se convierta en un asunto candente capaz de dividir a la clase letrada.¹²

Dado que el clima político de la España de finales del siglo XVI se hallaba marcado por el debate en torno al futuro de los moriscos, no resulta demasiado aventurado sugerir que, mediante la representación positiva del “otro” musulmán, Góngora intenta en estos poemas señalar una distancia con respecto a ciertos textos de la época en los que se expresa una pronunciada animadversión hacia la comunidad morisca

y su presencia en la península. No en vano, el ambiente caballeresco e idealizado de sus poemas se logra gracias a la imagen favorable de un “otro” norteafricano, que aparece como individuo honorable ante los ojos del heroico militar español.

En el romance “Entre los sueltos caballos,” el soldado se interesa por el estado anímico del cautivo, puesto que “Con razones pregunta / comedidas y corteses” (25-26), además de mostrarse ante su sufrimiento, “conmovido [...] / de las lágrimas que vierte” (31-32). También, el español expresa su admiración hacia el moro, dada la manera en la que aúna valentía con una fina sensibilidad, al preguntar: “¿Quién pudiera imaginar / viendo tus golpes crueles, / que cupiera alma tan tierna, / en pecho tan duro y fuerte” (90-93).

En “Servía en Orán al Rey” el linaje aristocrático y la belleza de la dama norteafricana se establecen en los primeros versos de la composición al ser descrita “tan noble como hermosa” (6). Por otra parte, alude a su doble condición de “amante” y “amada” (7), puesto que no sólo constituye para el soldado un mero objeto de deseo sexual, sino que existe un sentimiento de afecto por su parte. Al acudir al toque de rebato, el militar español responde a “las lágrimas y suspiros” (26) de la entristecida dama con consideración. El soldado le promete, tal como se comentó arriba, acudir con “el cuerpo” a la batalla y dejar el “alma” con su enamorada (47-48), así como pedirle permiso antes de salir: “Concededme, dueño mío / licencia para que salga” (49-50).

Tanto el comportamiento respetuoso y cortés del soldado hacia el enamorado capitán de los cenetes en el romance “Entre los sueltos caballos”, como la actitud del español hacia la hermosa dama norteafricana en “Servía en Orán al Rey”, contrastan con la hostilidad hacia el morisco que prevalece en la época.¹³ En los discursos de finales del siglo XVI en torno a la expulsión, la construcción de la diferencia étnica y la afirmación de la naturaleza subalterna de los descendientes de los mudéjares se articulan alrededor de una representación en la que priman las características de ruindad y de vileza. Dichas características se derivan principalmente de la apariencia física del morisco, tal como se observa, por ejemplo, en la *Expulsión de los moros de España*, poema épico en ocho cantos compuesto en 1610 por el poeta y dramaturgo valenciano Gaspar Aguilar, en el que la pobreza de su indumentaria funciona como signo de su diferencia étnica e inferioridad: “Con los calzones de estameña rotos; / los sayos, de un color que pardo ha sido

/ [...] / de cordeles de esparto mal tejido / los alpargates de sus pies groseros” (779-83). De modo más radical Aznar Azcona, defensor de la expulsión, describe en *Expulsión justificada de los moriscos españoles* (1612) a los integrantes de esta comunidad en los siguientes términos: “Ridículos de traje, yendo vestidos por la mayor parte con greguesquillos ligeros de lienzo, o de otra cosa baladí al modo de marineros y con ropillas de poco valor y mal compuestos adrede” (ctd. en Ruiz Lagos 176). En general, los aspectos corporales del morisco funcionan en estos escritos como marcas indiscutibles de su condición subalterna (Perceval 22). Para Perceval, que proporciona en su estudio numerosos ejemplos de textos del período, lo feo de la apariencia física del morisco, la bestialidad de su comportamiento, el mal olor de su organismo, lo repugnante de su dieta, la cacofonía de su lengua o “algarabía”, la desbordada sexualidad de sus varones y su fecundidad desmedida constituyen las marcas externas que denotan su inferioridad (Perceval 125-78).

A diferencia de las obras de la corriente de maurofilia literaria, tal como Carrasco-Urgoiti interpreta este término, la idealizada imagen de la “gallarda africana, / tan noble como hermosa” (4-5) del romance “Servía en Orán al Rey” y la representación del moro cautivo de “Entre los sueltos caballos” se fundamentan más en su noble estatus y conducta caballeresca que en una apariencia elegante y exótica que contribuya a una percepción del moro como un pasivo objeto de deseo. Es cierto que estos romances africanos no contienen la detallada descripción de las ricas vestimentas de los moriscos que ofrecen los textos pertenecientes a una producción literaria que se puede englobar bajo la etiqueta de maurofilia literaria. No obstante, la insistencia en la identidad y el comportamiento noble de los personajes musulmanes sugiere la posibilidad de que Góngora albergara un interés similar al de los autores del género en salvar a la aristocracia morisca de la degradación social, teniendo en cuenta que hacia 1570 se habían confiscado sus más preciadas posesiones (Carrasco-Urgoiti 52).¹⁴

En un momento histórico en el que los textos a favor de la expulsión determinan la percepción colectiva de un morisco inferior y en el que la experiencia de los españoles en el norte de África influye en la creación de los estereotipos negativos del musulmán, tal como afirma Garcés (29-34), no dejaría de llamar la atención la imagen tan positiva del “otro” norteafricano que Góngora configura en sus romances. En estas

composiciones, la relevancia social de la dama, la valentía del “Capitán de cien cenetes” (12) nacido “de una berberisca noble” (43), así como la delicada pasión amorosa, demuestran un evidente alejamiento de la representación habitual del infiel.

Aunque la dama del romance “Servía en Orán al Rey” no se halla descrita con demasiados detalles más allá de su noble origen y belleza, la elocuencia empleada al intentar convencer al soldado de que no acuda al combate colabora en la caracterización positiva del personaje. La dama exhorta de forma irónica al militar a que intervenga en la batalla ordenándole “Salid al campo, señor” (29) y, unos versos más abajo, “Vestíos, salid apriesa” (34), mientras que enfatiza exageradamente su sentimiento de pesadumbre: “Bañen mis ojos la cama, / que ella me será también, / sin vos campo de batalla” (30-32). Góngora dota a la dama de una inusitada capacidad discursiva demostrada mediante la utilización de la antítesis entre las imágenes de la “cama” y el “campo de batalla,” cuyas fuentes clásicas, italianas y españolas han sido señaladas por la crítica (Vilanova 200-06). Góngora emplea este contraste en otros segmentos de su producción poética, entre los que destaca el verso “cama de campo y campo de batalla” del “Polifemo” (27, 7) (Terracini 525). La intervención de la hermosa dama se articula como el resto del romance en un fuerte binarismo que, como mantiene Terracini, se construye mediante fórmulas dobles que expresan tanto equivalencias como oposiciones (529). Además, se debe prestar atención a la expresión hiperbólica utilizada por la bella norteafricana en la acusación que dirige al soldado debido a la dureza de sus sentimientos y la indiferencia ante las lágrimas que vierte: “Bien podéis salir desnudo, / pues si mi llanto no os ablanda, / que tenéis de acero el pecho, / y no habéis menester armas” (37-40). La elaborada expresión de la dama norteafricana, aun no resultando eficaz para convencer al español, contribuye a la construcción de una alteridad cultural, religiosa y de género muy diferente de la que presentan los discursos de la época.

Es de notar también hasta qué punto el romance “Servía en Orán al Rey”, al evocar la historia del encuentro amoroso entre la noble dama norteafricana y el soldado español, marca distancias con la experiencia real de los miembros de las tropas imperiales en Berbería. Concretamente en Orán. La positiva caracterización del norteafricano y la apología implícita de las uniones interculturales que muestra Góngora en estos romances africanos se combina con un interés en

revalidar la labor de los soldados españoles en el norte de África en un momento en el que, como consecuencia de indiferencia de la Corona, se convierte en un destino poco atractivo para los numerosos voluntarios que perciben el servicio en las tropas imperiales como un medio de promoción económico y social. Resulta significativo que en 1590 el duque de Cardona defina a Orán como una “ciudad desilustrada [sic] y falta de aposento para la gente de guerra” (ctd. en Alonso Acero 25).

Es cierto que para los miembros de las familias más ilustres de la aristocracia castellana, como es el caso de los Fernández de Córdoba, el puesto de gobernador general de Orán constituía la posición ideal en la que consolidar un poder basado en el continuo servicio al Imperio (Liang 139-70). Sin embargo, para los soldados, las problemáticas condiciones de vida en los presidios norteafricanos hacían que muchos prefirieran la desertión antes que continuar en las plazas (Bennassar 268). No en vano, en 1596, el entonces general de Orán, Francisco de Córdoba y Velasco, se ve obligado a iniciar las reformas de las murallas de la ciudad cuyo mal estado favorecía las continuas desertiones (Alonso Acero 17).

Orán, junto con Mazalquivir, eran las únicas colonias permanentes en el norte de África.¹⁵ Las plazas militares se hallaban abocadas a la escasez de avituallamiento debido a las dificultades de abastecimiento en la zona, lo que provocaba que la subsistencia de la población asentada en su interior dependiera de los envíos de provisiones y armamentos procedentes de la península (Alonso Acero 8-15). El presidio de Orán consistía de una pequeña urbe protegida por un sofisticado sistema de fortificaciones en cuyo levantamiento, en época de Felipe II, la Corona española había llegado a invertir ingentes cantidades de dinero (Sánchez Doncel 221).¹⁶ La población de Orán estaba formada por un total de ochocientos vecinos cabezas de familia, dado que solo a los casados se les permitía habitar en el interior de la ciudad fortificada. Desde el año 1513, de acuerdo con la decisión oficial, un total de seiscientas familias debían establecerse en Orán y cien en el caso de Mazalquivir. Cada uno de estos vecinos ocuparía tierras libres de impuestos que no podrían arrendar, vender o donar durante un período de diez años. En 1525, las autoridades anticiparon que la exención fiscal tendría la función de atraer a individuos a que acudieran al presidio norteafricano. Dada la escasa calidad de vida en las fortalezas durante la segunda parte del siglo XVI, la población de Orán no se incrementó. Por el contrario, dos

epidemias de peste causaron que solo doscientas familias permanecieran en la ciudad hasta finales del siglo XVII (Bunes Ibarra y Alonso Acero 96).

El episodio al que alude el romance “Servía en Orán al Rey” subraya la capacidad del poeta cordobés para crear un universo poético radicalmente desvinculado del orden político y legal que impera en esta colonia española en el norte de África. La cuestión de los amores del soldado español con una hermosa y noble africana no resulta demasiado convincente teniendo en cuenta no solo la hostilidad del español hacia el enemigo musulmán, sino debido al hecho de que constituía el tipo de relación que se trataba de evitar. Como informan Bunes Ibarra y Alonso Acero, las autoridades oficiales peninsulares formulaban con frecuencia peticiones formales en las que se solicitaba a los soldados de los presidios que se casaran con mujeres cristianas a fin de lograr la constitución en el norte de África de un centro de población estable (12). A pesar de estas solicitudes, la presencia de mujeres en estas fortificaciones era escasa, por lo que la Corona española decidió la expatriación de prostitutas hacia la ciudad de Orán con objeto de prevenir los contactos de los soldados con mujeres judías o musulmanas o, lo que es peor, que se abandonaran al “pecado nefando” (Bunes Ibarra y Alonso Acero 12-13).

La problemática relación del español y la dama norteafricana se transforma en el romance en un conflicto personal entre el deber patriótico y un amor que traspasa los límites impuestos por la sanción oficial a las uniones entre personas de diferente culto, instituida tanto en Orán de una manera explícita, como en el resto del universo católico-imperial. Aun en el caso de que fuera establecido en el marco de la institución matrimonial, el vínculo amoroso entre el soldado cristiano y la dama “Melionesa” resulta contrario a lo expuesto por las disposiciones legales establecidas según las que se prohíben las uniones entre individuos de credos distintos. Aunque es cierto que este código legislativo nunca llega a ser vigente en Castilla, ya en las *Siete partidas* se prohibía a los cristianos contraer matrimonio con judíos, moros, herejes o infieles; de hecho, la Iglesia mantuvo la prohibición de la unión de “disparitas cultus” de forma constante hasta nuestros días, tal como nos recuerda Márquez Villanueva (*Moros* 205). Este crítico literario informa que desde las primeras disposiciones conciliares se repiten las prohibiciones de los matrimonios mixtos prescrita en la codificación de Gratiano en el siglo XII y mantenida por Trento, que establece la

necesidad de solicitar la dispensación pontificia para que se puedan casar individuos de diferentes credos, no concediéndose la primera hasta 1604 por Clemente VIII (Márquez Villanueva, *Moros* 205).

La dimensión estética de la descripción de la noche norteafricana y el sentido de sensualidad que emana de la relación entre los amantes descrita por Góngora provocan que el lector ignore el marco legal y religioso que imposibilita la unión entre el soldado y la mujer norteafricana. En la primera parte del poema la belleza plástica de la imagen de la luna iluminando las adargas de los cien cenetes en medio de la noche, así como el fuego y el sonido de las campanas empleadas para dar la voz de alarma del inminente ataque, hacen de la descripción un telón de fondo mejor indicado para una escena más amorosa que bélica:

Que los rayos de la luna,
descubrieron las adargas;
las adargas avisaron
a las mudas atalayas;
las atalayas los fuegos;
los fuegos a las campanas. (11-16)

Así mismo, en el romance se destaca el erotismo que se desprende del comportamiento de los amantes y del discurso de la hermosa norteafricana. Si el soldado, al que se describe como “enamorado” (17), se encuentra “en los brazos de su dama” (18), la postura de la mujer “del cuello pendiente” (25) del español, la mencionada alusión a “la cama” (30), así como la referencia a que éste se halle sin ropa –“Vestíos ... / ... / bien podéis salir desnudo,” (33-37)–, contribuyen al tono erótico del poema.

Por otro lado, la condición aristocrática de la dama y el respetuoso tratamiento que le dispensa el soldado son esenciales para la idealización de esta relación clandestina. Al final del poema, tal como se comentó arriba, el militar español ofrece una solución en la que destaca el intento de otorgar una dimensión espiritual a su vínculo con la dama con la que se trata de legitimar esta relación. El soldado propone que “porque con honra y amor / yo me quede, cumpla, y vaya / vaya a los moros el cuerpo / y quede con vos el alma” (45-48). Además, demuestra su caballerosidad y deferencia hacia la amada al solicitar, como ya se señaló, su permiso –“licencia para que salga” (50)–, con objeto de que le sea

posible acudir a la defensa militar del presidio, “en vuestro nombre / y en vuestro nombre combata” (51-52). La elaboración poética de una relación sentimental condenada por la autoridad oficial se corresponde en el momento en que se compone el poema con la defensa en suelo peninsular de los matrimonios mixtos entre cristianos viejos y moriscos por parte de algunos “asimilacionistas” en el contexto del debate en torno a la expulsión (Domínguez Ortiz y Vincent 186). No sorprende que precisamente el humanista Pedro de Valencia, perteneciente al círculo de amigos íntimos de Luis de Góngora, se muestre a favor de las uniones entre cristianos viejos e individuos de procedencia mudéjar en su *Tratado acerca de los moriscos de España* (1606).¹⁷ Valencia, uno de los defensores más destacados de la asimilación de los moriscos aun a costa de la pérdida de su identidad cultural, aboga por la posibilidad de una mezcla total con la población cristiano vieja, con objeto que no se pueda “discernir ni distinguir quel es de aquesta, o aquella nación” (136). El motivo de los amores entre el soldado español y la hermosa norteafricana que Góngora incorpora en el romance apunta a la existencia de una cierta simpatía por su parte hacia dicha noción del matrimonio mixto. Además, la resolución final del soldado español de acudir a la batalla contra los moros, abandonando a su amante en el lecho, facilita la defensa del poema de la labor de los militares en los presidios norteafricanos, cuyo espíritu de sacrificio no se ve alterado por la indiferencia de la Corona a sus esfuerzos y dificultades.

Los romances africanos denotan asimismo una genuina admiración por la cultura andalusí que favorece la apreciación de la realidad del otro lado del estrecho, que, aun desconocida para el poeta, es imaginada como cercana debido a su experiencia en su región de origen. No en vano, Góngora tuvo la oportunidad de conocer de primera mano el legado musulmán, no sólo durante su infancia y juventud transcurridas en su Córdoba natal, sino a través de sus numerosas visitas en calidad de racionero de la catedral a Granada, localidad a la que le dedica el romance “Ilustre ciudad famosa” en 1586, fecha cercana a la de la composición de los romances africanos.

El contacto directo y la familiaridad con la arquitectura y los jardines islámicos inspiran a Góngora para la elaboración poética de ciertos aspectos del mundo musulmán. En consecuencia, el ansia escapista del poeta, su deseo de presentar un concepto de las relaciones entre españoles y norteafricanos poco ajustado a la realidad histórica no le

previene de incorporar en estas composiciones una serie de imágenes alusivas a la cultura material de la España del Renacimiento, tal como se observa, sobre todo, en el romance “Entre los sueltos caballos”. En dicho romance, Góngora señala la escasa problemática que para él representa la contribución de los musulmanes a la configuración de la identidad nacional, al contrario que para la mayoría de sus compatriotas. Es necesario considerar el hecho de que, como explica Barbara Fuchs, numerosos hábitos de procedencia musulmana incorporados a la cultura española del Renacimiento causan tanto la ansiedad de los españoles como el nacimiento de la imagen exótica de la nación en el extranjero (*Exotic Nation* 2-10).

El poeta cordobés comienza su romance “Entre los sueltos caballos” aludiendo a la captura de un caballo de los pertenecientes a los “vencidos cenetes” (2) con el propósito de que sirva de montura a él y a un “moro cautivo” (10), al que ha hecho prisionero tras la batalla. Góngora dedica unos versos a la descripción de la excelente calidad del caballo, presumiblemente de raza árabe. En el romance leemos en relación al animal, que es “Por sus relinchos lozano, / y por sus cernejas fuertes” (6-7), además de “ligero” (14). La referencia al caballo es frecuente en el marco literario del romance morisco o africano, en cuanto a que el ejemplar de la raza equina constituye un elemento básico en la representación tanto de la figura del héroe y de su idealizado enemigo musulmán como en la construcción de la atmósfera bélica que rodea a los personajes. Al mismo tiempo, debemos considerar la importancia de la representación del caballo árabe durante la época, ya que entrañaba numerosas asociaciones con Oriente que, aun perdidas en la actualidad, confirmaban la existencia de un activo mercado de ganado equino. Dicho mercado se consolida en un momento en el que el monopolio del comercio caballar constituía el centro de una competición entre naciones y grupos étnicos tanto en el este como en el oeste. Como mantienen Jardine y Brotton, este animal pertenece a la categoría de objetos de consumo de lujo más apreciados durante el Renacimiento y su comercio se realiza en rutas que traspasan las barreras geográficas e intelectuales de Occidente (132).

Resulta interesante que el soldado, en el momento de poner en libertad al enamorado y valiente cenete, anticipe la posibilidad de ser acusado de vender a su prisionero, al declarar: “Que me pedirán por robo / lo que entendí que era suerte” (96-97). De este modo el romance

se hace eco de la práctica común en el norte de África de poner a la venta a los cautivos musulmanes en los mercados de esclavos locales, tal como observan las crónicas del período. Por ejemplo, Francisco de Ocampo incorpora en la *Relación verdadera de la gran victoria que el Sr. D. Antonio de Zuñia y de la Cueva...* (1637) importante información sobre esta actividad inhumana llevada a cabo en los diversos enclaves norteafricanos controlados por los españoles (388).¹⁸ A diferencia de estos discursos en los que el propósito de difundir datos sobre la geografía y los recursos materiales del norte de África condiciona la atención de sus autores en las ventajas económicas con las que se relaciona la expansión española en la región, el romance de Góngora hace hincapié en la indiferencia del soldado español ante la ganancia procedente de su acción. El elevado sentido del honor le conduce tanto a prescindir de su botín de guerra, otorgando la libertad al enamorado cautivo moro, como a negarse a recibir un galardón de la noble dama norteafricana: “Y no quiero por rescate / que tu dama me presente / ni las alfombras más finas / ni las granas más alegres” (98-101). Góngora se inspira en *El Abencerraje* en el que Rodrigo de Narváez hace explícita en su carta al rey de Granada su intención de perdonar el rescate de los jóvenes, aclarando que “les soltaré graciosamente” (134), así como hace patente en su carta a Jarifa su intención de devolver las doblas de oro enviadas (137). El soldado de “Entre los sueltos caballos” continúa el modelo de héroe honorable y desinteresado representado por Narváez que se niega a obtener ningún tipo de compensación económica a cambio de la liberación.

Las doblas de oro de *El Abencerraje* se transforman en el romance gongorino en las “alfombras más finas” y las “granas más alegres” (100-01), en alusión al tipo de objetos de consumo cotizados en ambas orillas del Mediterráneo. En esta composición poética se mencionan estos bienes, que provenientes de áreas musulmanas, forman parte integral de la cultura híbrida producida en España durante el Renacimiento. Las alfombras constituyen uno de los productos de lujo originados en el mundo árabe más solicitados en los mercados europeos. Las alfombras representan la base de la configuración del estrado, espacio femenino por excelencia del hogar español del período y el rasgo más idiosincrático de la esfera doméstica nacional. El estrado consistía en una tarima elevada sobre el nivel del suelo, cubierta de alfombras y cojines, en el que las mujeres se sentaban para hacer sus labores de

aguja, leer o atender a las visitas. La tradición del estrado se extendió desde los usos palaciegos a toda la sociedad, convirtiéndose a los ojos de los extranjeros en una de las marcas más distintivas de la cultura española del momento (Martínez Nespral 108-11; Fuchs, *Exotic Nation* 14-15; 121-22). También, mediante la alusión a las “granás”, un tipo de paño fino que constituye un artículo suntuario apreciado en la época, el romance se hace eco de la admiración de los cristianos viejos por los aspectos de lujo, riqueza y exotismo con los que se asocia la vestimenta de los moros que se extiende a la adopción de ropas moriscas y turcas por parte de la nobleza española (Bernís 29).¹⁹ La utilización de los hábitos indumentarios de procedencia musulmana señala de manera simbólica la posición de inestabilidad del sujeto español situado, al igual que el cristiano peninsular hasta época muy reciente, en el conflictivo espacio de la frontera.

Como en el caso de la mención del caballo, la referencia a las “alfombras” y a las “granás” (100-01) pone al lector en relación con la existencia en la cuenca mediterránea de un activo intercambio comercial y de un trasvase cultural que pone en tela de juicio la retórica oficial en la que se insiste en Europa en la hostilidad hacia los musulmanes y en la guerra contra el infiel (Jardine y Brotton 58). A través de las referencias a un universo definido por la circulación de objetos y bienes culturales, el romance “Entre los sueltos caballos” revela el cúmulo de relaciones transnacionales mercantiles frecuentes en el mundo mediterráneo (Braudel, *The Mediterranean* 1: 543-604). Dichas relaciones prueban la escasa eficacia de las disposiciones legales que impedían a los cristianos el comercio con los musulmanes, frecuentemente revocadas por la Corona española ante la presión de los mercaderes, así como de las autoridades de las ciudades y virreinos (Garcés 9).

Este romance gongorino destaca a su vez por su capacidad para dar cuenta de la compleja identidad de los individuos que comparten el espacio de la frontera.²⁰ Cuando el enamorado moro, accediendo a responder a la pregunta del militar español, ofrece noticias de su vida, apunta datos sobre su origen: “Yo nací en Gelves, el año / que os perdisteis en los Gelves” (41-42). Además señala el hecho de que es hijo “de una berberisca noble / y de un turco matasiete” (43-44), que resulta ser, tal como expresa en los versos siguientes, un “Corsario de tres bajeles” (48).

Aunque la información que Góngora brinda en su romance no aporta demasiado a la historiografía de la expansión en el norte de África al insistir en ciertos lugares comunes, se debe destacar su capacidad para ampliar el vocabulario con el que se alude a la compleja red de identidades de los musulmanes al otro lado del estrecho. En este caso, como aclara el romance, el moro cautivo pertenece a una tribu de bereberes cenetes, que los cronistas de los asuntos norteafricanos de la temprana modernidad suelen comparar con los azuagos, tribus bereberes cuyos integrantes fueron cristianizados con anterioridad a la invasión arábigo-musulmana de Iberia en siglo VIII (Mármol Carvajal 34r, Suárez Montañés 117). Además, el prisionero es hijo de una noble bereber y de un corsario identificado como “turco matasiete” (44), pero no sabemos si dicho origen turco se debe a su nacimiento o si se trata de un renegado de origen cristiano acogido al poder otomano.

El retrato de la enamorada del cautivo, una “dama del linaje / de los nobles Melioneses” (51-52), de la cual se destaca su “hermosura” (57), sorprende en el romance “Entre los sueltos caballos” puesto que, al ser descrita de acuerdo con el canon de belleza petrarquista, la representación no resulta demasiado acorde con la identidad norteafricana de la joven enamorada. Góngora aplica a la construcción de la dama Melionesa todos los tópicos originados en el Renacimiento, subrayando sus cabellos dorados, puesto que “Salía el sol por su frente / de tantos rayos vestido / cuanto cabellos contiene” (62-64). El que poetas como Góngora apliquen a la configuración de la imagen de la hermosura de la mujer norteafricana el tópico empleado en la lírica europea para la construcción de la belleza femenina podría interpretarse como un deseo por su parte de enaltecer la figura del habitante de Berbería, con vista de hacerlo más aceptable como objeto de deseo al lector español. Sin embargo, el que empleen para la configuración del atractivo físico de la mujer norteafricana la serie de atributos físicos relacionados con este tópico literario denota una conciencia de la problemática de construir en España una diferencia étnica estable para el “otro” musulmán.²¹ Se debe tener en cuenta que, tal como subrayan López-Baralt (336), Harvey (10) y Fuchs (*Mimesis* 6), los rasgos de distinción de los integrantes de la comunidad morisca con respecto a los cristianos viejos no se relacionaban con su aspecto físico, puesto que, ambos eran indiferenciables en términos de su fenotipo. De hecho se puede confirmar la existencia durante este período histórico de una

profunda ansiedad que resulta de esta imposibilidad de separar en España según su apariencia física a cristianos de musulmanes, moriscos, judíos y conversos (Fuchs, *Mimesis* 6).

En conclusión, en los romances africanos “Servía en Orán al Rey” y “Entre los sueltos caballos” de Luis de Góngora se ofrece, mediante la idealización de las relaciones entre el soldado español y el habitante de la región norteafricana, una visión altamente estilizada de la realidad de la frontera. Considerando la escasa atención de la Corona a la situación de la ciudad-presidio durante el período, esta representación de la labor de los soldados españoles en Orán es de gran interés. Por otra parte, la representación positiva del habitante norteafricano en estos romances responde a un deseo de dignificar –aunque cuando sea por extensión– la figura del morisco, víctima de la política represiva de la Corona y objeto de un debate a finales del siglo XVI en torno al futuro de la comunidad en suelo peninsular. En el caso del romance “Entre los sueltos caballos,” el poeta cordobés demuestra su admiración por la cultura andalusí al incluir ciertas imágenes que, como el caballo árabe, la alfombra o la grana, destacan por su capacidad para equiparar la cultura híbrida española producida en el Renacimiento con la realidad de la frontera hispano-musulmana al otro lado del estrecho. En resumidas cuentas, ambos romances muestran la inestabilidad de las fronteras que dividen el mundo cristiano del musulmán, Oriente de Occidente. No obstante, dichas composiciones dan fe de la capacidad de la poesía gongorina para sugerir que la relación de los españoles con el Islam y el tipo de intercambio cultural que se lleva a cabo en el Mediterráneo no suponen un impedimento para la constitución de una identidad nacional.

NOTAS

¹ En el romance “Entre los sueltos caballos” de 1585, Góngora se refiere a “Aquel español de Orán” (5), por lo que parece que remite al romance “Servía en Orán rey,” escrito, sin embargo, posteriormente, en 1587, tal como afirma Jammes (317). Este crítico da por válida la variante del romance establecida en su manuscrito por Chacón, que además defiende esta cronología (Jammes 317). Para obtener información sobre la datación de estos romances africanos y de sus variantes, además de Jammes (316-19), ver, por ejemplo, Menéndez Pidal (135), Alonso (283), Carreño (180-83), Pérez-Lasheras y Micó (33-34), Millé Giménez (1105-06), Chaffee-Sorace (6-14).

² Georges Cirot acuñó el término maurofilia para referirse al género literario que se gesta a partir de la Conquista de Granada en 1492, cuyas obras muestran una admiración por la figura del moro. Carrasco-Urgoiti analiza la imagen del noble moro en estos textos (41-52; 67-72; 97-103). En este trabajo, sigo a Barbara Fuchs que, a diferencia de los críticos anteriores, define la maurofilia literaria como un hecho relacionado con la deuda cultural a Al-Andalus existente en el siglo XVI en España (*Exotic Nation* 5). Según Fuchs, dicha corriente se halla unida a prácticas culturales cuya naturaleza híbrida causa que constituyan restos de lo “moro” o que sean una presencia viva de la herencia islámica en la cultura cotidiana española. En ambos casos se contradicen los conceptos de unidad religiosa y de homogeneidad, esenciales para la creación de la identidad nacional (*Exotic Nation* 5-10).

³ Ver, al respecto, Braudel (*The Mediterranean* 2: 859-62). Hess denomina a la zona “the forgotten frontier,” debido a la escasa atención por parte de los historiadores a la política colonial de los españoles en el Magreb (207-11). Sobre la intervención española en el norte de África, véase además de Hess, Braudel, “Les espagnols”; García Arenal y Bunes; Bunes Ibarra; Garcés; y Fuchs, *Passing*, 14-16.

⁴ El término presidio no tiene un sentido de cárcel o prisión sino de lugar guarnecido que se emplea para la defensa y que depende de la autoridad del rey. Sin embargo, las plazas eran utilizadas como lugares de destierro temporal para los que delinquían en la península y, dadas las escasas comodidades que ofrecían, un destino en las mismas era considerado como una condena en una prisión (Alonso Acero 12-13).

⁵ Sobre las estrategias empleadas en la configuración de un “otro” morisco degradado e inferior, remito a Perceval (125-78). Acerca de las percepciones sobre el Islam en la península ibérica durante la temprana modernidad, ver Vitkus, Geary, Garcés (29-36).

⁶ No hay seguridad, sin embargo, de que Góngora sea el autor de los últimos ocho versos del romance. Ver, al respecto, Sloman, Rodríguez-Moñino, 17-28.

⁷ Sobre la comunidad de judíos, residente en Orán, y que no fue expulsada hasta 1669, ver Sánchez Doncel (189-210).

⁸ Es uno de los romances con más variantes de los que ha dado el romancero castellano (Jammes 316-17). Para obtener información sobre la función de estos

romances como fuente de inspiración en el teatro de la época, véase Quintero (188-89).

⁹ En relación con el pacto firmado entre los imperios español y otomano durante el tiempo de Felipe II, ver Harvey (340-42), Hess (99), Braudel (*The Mediterranean* 2: 1143-85).

¹⁰ Véase, al respecto, el análisis de Amelang de *Historias paralelas* de moriscos y judíos (esp. 39-51).

¹¹ Caro Baroja señala la facilidad con la que los cristianos nuevos acumulan capital (104-16). Hutchinson analiza textos de Cervantes, Valencia y otros para demostrar la hostilidad de los cristianos viejos hacia los moriscos debido a su facilidad para el ahorro (72-74).

¹² Para un resumen de las principales ideas de la polémica en torno a la expulsión, ver Perry 142-48. Acerca de la expulsión de los moriscos, véase Caro Baroja (224-39), Domínguez Ortiz y Vincent (159-200), Márquez Villanueva ("El problema" 64-110), Amelang (45-51). Sobre la cifra de moriscos expulsados, véanse Kamen (176) y Domínguez Ortiz (305).

¹³ La percepción de los moriscos era tan negativa para algunos partidarios de la expulsión que llegaron a sugerir una "solución final"; por ejemplo, Martín Salvatierra, obispo de Seborbe propone la deportación de los moriscos a Terranova, tras castrar a los hombres y esterilizar a las mujeres (Harvey 296).

¹⁴ Desde principios de 1569 se confiscaron las propiedades de más de 80.000 moriscos granadinos, aproximadamente el 90 por ciento de la población morisca original, y se les obliga a trasladarse a otras zonas de Castilla (Amelang 44-45).

¹⁵ Orán se encuentra rodeada de aguas de escasa profundidad por lo que es necesario para el transporte de mercancías el uso del puerto de la cercana plaza de Mazalquivir, conquistada por los españoles en 1505. La interdependencia de los dos enclaves hace que el complejo sea conocido como "el doble presidio" (Liang 143).

¹⁶ Suárez Montañés aporta valiosa información acerca de estas construcciones defensivas (97-101), así como de los edificios religiosos de Orán (96). Suárez Montañés compone entre otras obras la *Historia del Maestre último que fue de Montesa y de su hermano don Felipe de Borja* (1889), publicada varios siglos después de la muerte del autor, ocurrida aproximadamente en 1623.

¹⁷ Acerca de Pedro de Valencia, alumno de Arias Montano y cronista oficial de Felipe III, ver Serrano Sanz (144-154), Gil San Juan (9-16). Valencia es el autor de una "Carta" en la que manifiesta al poeta su opinión sobre la primera versión de la *Soledad primera* (Roses Lozano 9-10).

¹⁸ Suárez Montañés alude a la adjudicación de cautivos moros a los soldados estacionados en los presidios del norte de África (157). Francisco de la Cueva señala la prohibición del conde de Alcaudete de vender o comprar esclavos o caballos (149).

¹⁹ Véase, al respecto Fuchs (*Mimesis* 57-58; *Exotic Nation* 60-87).

²⁰ Los cronistas distinguen los moros de origen urbano, más cultos y civilizados debido a su relación con la cultura clásica, pero más crueles con los cristianos,

de aquéllos más atrasados de procedencia beréber que, sin embargo, son tratados con mayor simpatía al ser descendientes de los antiguos pobladores cristianos (Bunes Ibarra 101-25). Además, se refieren a la figura del “moro de paz,” aliado temporal de los cristianos invasores, en el que, no obstante, no se debe confiar debido a su tendencia a la traición (Bunes Ibarra 117). Por ejemplo Francisco de la Cueva (203), relata acontecimientos bélicos que prueban la escasa lealtad de los “moros de paz.”

²¹ Acerca de la coincidencia del atractivo físico de la mujer morisca con el canon de belleza petrarquista en otros poemas del período, tal como *Expulsión de los moros de España* de Gaspar Aguilar, compuesto en 1610, véase Martínez-Góngora, “La problemática.”

OBRAS CITADAS

- Aguilar, Gaspar. *Expulsión de los moros de España por la S. C. R. Majestad del Rey Don Felipe III, por nuestro señor, 1610*. Ed. Manuel Ruiz Lagos. Sevilla: Guadalmena, 1999.
- Alonso, Dámaso. *Góngora y el "Polifemo."* Vol 1. Madrid: Gredos, 1961.
- Alonso Acero, Beatriz. *Orán-Mazalquivir, 1589-1639: Una sociedad española en la frontera de Berbería*. Madrid: CSIC, 2000.
- Amelang, James. *Historias paralelas: Judeoconversos y moriscos en la España moderna*. Trad. Jaime Blasco Castiñeyra. Madrid: Akal, 2011.
- Bennassar, Bartolomé y Lucile Bennassar. *Los cristianos de Alá: La fascinante aventura de los renegados*. Trad. José Luis Gil Aristu. Madrid: Nerea, 1989.
- Bernís, Carmen. *Indumentaria española en tiempos de Carlos IV*. Madrid: CSIC, 1962.
- Braudel, Fernand. *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Phillip II*. Trad. Siân Reynolds. 2 Vols. New York: Harper and Row, 1973.
- . "Les espagnols et l'Afrique du Nord de 1492 à 1577." *Revue Africain* 69 (1928): 184-233; 351-410.
- Bunes Ibarra, Miguel Ángel de. *La imagen de los musulmanes y del Norte de África en la España de los Siglos XVI y XVII: Los caracteres de una hostilidad*. Madrid: CSIC, 1989.
- Bunes Ibarra, Miguel Ángel de, y Beatriz Alonso Acero. Introducción. *Historia del Maestre último que fue de Montesa y de su hermano don Felipe de Borja...* De Diego Suárez Montañés. Valencia: Institució Alfons el Magnànim, 2005. 9-45.
- Caro Baroja, Julio. *Los moriscos del Reino de Granada*. 5 ed. Madrid: Istmo, 2000.
- Carrasco-Urgoiti, María Soledad. *The Moorish Novel: El Abencerraje and Pérez de Hita*. Boston: Twayne, 1975.

- Carreño, Antonio, ed. *Romances*. De Luis de Góngora y Argote. Madrid: Gredos, 1982.
- Chaffee-Sorace, D. *Góngora's Poetic Textual Tradition. An Analysis of Selected Variants, Versions and Imitations of his Shorter Poems*. London: Tamesis, 1988.
- Cirot, Georges. "La maurophilie littéraire en Espagne au XVIe siècle: L'histoire de l'Abencerraje." *Bulletin Hispanique* 40 (1938): 281-96; 433-37.
- Cueva, Francisco de la. "Guerra de Tremecén". *Guerras de los españoles en África, 1542, 1543 y 1632*. Madrid: Miguel Ginesta, 1881. 1-237.
- Domínguez Ortiz, Antonio. *El antiguo régimen: los Reyes Católicos y los Austrias*. Madrid: Alianza, 1988.
- Domínguez Ortiz, Antonio y Bernard Vincent. *Historia de los moriscos: Vida y tragedia de una minoría*. Madrid: Revista de Occidente, 1978.
- El Abencerraje (Novela y romancero)*. Ed. Francisco López Estrada. 7 ed. Madrid: Cátedra, 1990.
- Elliott, J. H. *La España Imperial, 1469-1716*. Barcelona: Vicens Vives, 1982.
- Fuchs, Barbara. *Mimesis and Empire: The New World, Islam, and European Identities*. Cambridge: Cambridge UP, 2001.
- . *Exotic Nation: Maurophilia and the Construction of Early Modern Spain*. Philadelphia: U of Pennsylvania P, 2009.
- . *Passing for Spain. Cervantes and the Fictions of Identity*. Urbana and Chicago: University of Illinois P, 2003.
- Garcés, María Antonia. "Introducción." *An Early Modern Dialogue with Islam: Antonio de Sosa's Topography of Algiers (1612)*. Ed. María Antonia Garcés. Trad. Diana de Almas Wilson. Notre Dame, IN: U of Notre Dame P, 2011. 1-78.
- García-Arenal, Mercedes y Miguel Ángel de Bunes. *Los españoles y el Norte de África: Siglos XV-XVII*. Madrid: MAPFRE, 1992.
- García-Arenal, Mercedes. "Introducción." *Relación del origen y sucesos de los xarifes y del estado de los Reinos de Marruecos, Fez y Tarundante*. De Diego de Torres. Madrid: Siglo Veintiuno, 1980. 1-32.
- Geary, John S. "Arredondo's 'Castillo inexpugnable de la fee': Anti-Islamic Propaganda in the Age of Charles V." *Medieval Christian Perceptions of Islam: A Book of Essays*. Ed. John Victor Tolan. New York and London: Garland, 1996. 291-311.

- Gil Sanjuán, Joaquín. "Introducción." *Tratado acerca de los moriscos de España*. De Pedro de Valencia. Málaga: Algazara, 1997. 9-63.
- Góngora, Luis de. "Entre los sueltos caballos," *Romancero general, o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*. Ed. Agustín Durán. Vol 1. Madrid: Rivadeneyra, 1849-1951. 123-24.
- . "Servía en Orán al Rey" *Romancero general, o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*. Ed. Agustín Durán. Vol 1. Madrid: Rivadeneyra, 1849-1951. 122.
- Harvey, L. P. *Muslims in Spain, 1500 to 1614*. Chicago: U of Chicago P, 2005.
- Hess, Andrew C. *The Forgotten Frontier: A History of the Sixteenth-Century Ibero-African Frontier*. Chicago and London: U of Chicago P, 1978.
- Hutchinson, Steven. "Arbitrating the National 'Oikos'." *Journal of Spanish Cultural Studies* 2 (2001): 69-80.
- Jammes, Robert. *La obra poética de Don Luis de Góngora y Argote*. Madrid: Castalia, 1987.
- Jardine, Lisa y Jerry Brotton. *Global Interests: Renaissance Art between East and West*. Ithaca: Cornell UP, 2000.
- Kamen, Henry. *Spain 1469-1714: A Society in Conflict*. New York: Longman, 1983.
- Liang, Yuen-Gen. *Family and Empire: The Fernández de Córdoba and the Spanish Realm*. Philadelphia: U of Pennsylvania P, 2011.
- López-Baralt, Luce. "La estética del cuerpo entre los moriscos del siglo XVI o de cómo la minoría perseguida pierde su rostro." *Le corps dans la société espagnole des XVI et XVII siècle*. Ed. Augustin Redondo. París: Publications de la Sorbonne, 1990. 335-48.
- Mármol Carvajal, Luis del. *Descripción general de África*. Madrid: CSIC, 1953.
- Márquez Villanueva, Francisco. "El problema historiográfico de los moriscos." *Bulletin Hispanique* 86 (1884): 61-135.
- . *Moros, moriscos y turcos: Ensayos críticos*. Barcelona: Bellaterra, 2010.
- Martínez-Góngora, Mar. "La problemática producción de la diferencia étnica: Imágenes de belleza petrarquista y génesis bíblica en la Expulsión de los moros de España de Gaspar de Aguilar." *Revista de Estudios Hispánicos* 36 (2002): 501-21.

- Martínez Nespral, Fernando. *Un juego de espejos: Rasgos mudéjares de la arquitectura y el habitar en la España de los siglos XVI-XVII*. Buenos Aires: Nobuko, 2006.
- Menéndez Pidal, Ramón. *Romancero hispánico (hispano-portugués, americano y sefardí)*. *Teoría e Historia*. Vol. 2. Madrid: Espasa Calpe, 1953.
- Millé y Giménez, Juan e Isabel Millé Giménez, ed. *Obras completas*. De Luis de Góngora. Madrid: Aguilar, 1943.
- Ocampo, Francisco de. *Relación verdadera de la Gran Victoria que el Sr. D. Antonio de Zuñi y de la Cueva, marqués de Flores de Ávila ... tuvo con los moros venarejes*. 1637. *Guerras de los españoles en África, 1542, 1543 y 1632*. Madrid: Miguel Ginesta, 1881. 382-96.
- Perceval, José María. *Todos son uno: Arquetipos, racismo y xenophobia en la Monarquía Española durante los siglos XVI y XVII*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1997.
- Pérez-Lasheras, Antonio y José María Micó, ed. *Poesía selecta*. De Luis de Góngora. Madrid: Taurus, 1991.
- Perry, Mary Elizabeth. *The Handless Maiden: Moriscos and the Politics of Religion in Early Modern Spain*. Princeton: Princeton UP, 2005.
- Quintero, María Cristina. *Poetry as Play: Gongorismo and the Comedia*. Amsterdam and Philadelphia: John Benjamins, 1991.
- Rodríguez-Moñino, Antonio. *La transmisión de la poesía española en los Siglos de Oro*. Barcelona: Ariel, 1976.
- Roses Lozano, Joaquín. *Una poética de la oscuridad: La recepción crítica de las Soledades en el siglo XVII*. Madrid: Tàmesis, 1994.
- Ruiz Lagos, Manuel. "Introducción". *Expulsión de los moros de España por la S. C. R. Majestad del Rey Don Felipe III, por nuestro señor, 1610*. De Gaspar Aguilar. Sevilla: Guadalmena, 1999. 11-114.
- Sánchez Doncel, Gregorio. *Presencia de España en Orán (1509-1792)*. Toledo: Estudio Teológico de San Ildefonso, 1991.
- Serrano Sanz, Manuel. "Pedro de Valencia. Estudio biográfico y crítico." *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 3 (1899): 290-312.
- Sloman, Albert E. "The Two Versions of Gongora's 'Entre los sueltos caballos.'" *Revista de Filología Española* 44 (1961): 435-41.
- Suárez Montañés, Diego. *Historia del Maestre último que fue de Montesa y de su hermano don Felipe de Borja ..* Ed. Miguel Angel de Bunes Ibarra y Beatriz Alonso Acero. Valencia: Institució Alfons el Magnànim, 2005.

- Terracini, Lore. "Camas de batalla gongorinas." *Studia Aurea: Actas del III Congreso de la AISO. Toulouse, 1993*. Ed. Ignacio Arellano. Vol. 1. Pamplona: Universidad de Navarra; Toulouse: Université de Toulouse, 1996. 525-33.
- Valencia, Pedro de. *Tratado acerca de los moriscos de España*. Introd. Joaquín Gil Sanjuán. Transcrip. María del Carmen López Ramírez. Madrid: Algazara, 1997.
- Vilanova, Antonio. *Las fuentes y los temas del "Polifemo" de Góngora*. 2 Vols. Madrid: CSIC, 1957.
- Vitkus, Daniel J. "Early Modern Orientalism: Representations of Islam in Sixteenth-and Seventeenth-Century Europe." *Western Views of Islam in Medieval and Early Modern Europe*. Ed. David R. Blanks y Michael Frasseto. New York: Saint Martin's P, 1999. 207-30.